



La larga marcha de la izquierda argentina

Eduardo Sartelli

"Estás enferma de frustración y en tu locura no hay acuerdo" Charly García

1. Introducción

¿Cuál es el escenario político en el que va a moverse la izquierda en los próximos 10 o 15 años? La respuesta a esta pregunta exige fijar la vista en elementos de más largo plazo que los utilizados normalmente en los análisis coyunturales de los partidos de izquierda. Acuciados por la necesidad de dar orientaciones inmediatas, las direcciones partidarias han caído en la hipertrofia del cortoplacismo, perdiendo de vista los elementos que proveen a una mirada más global. Sin embargo, el éxito o fracaso de las iniciativas cotidianas depende de una sólida imagen del futuro. Intentaremos aportar a su construcción.

Partiendo de una revisión de la temática de los ciclos económicos (o las "ondas largas del desarrollo capitalista" como prefiere Mandel), se intenta arribar a un estado de situación de la crisis. Luego se repasa el problema del sujeto (es decir, de las clases sociales) en la nueva coyuntura (activos materiales y conciencia de clase). De la conjunción de ciclo y sujeto, es decir de crisis y clase, se delinea un probable escenario futuro global. Por último, bajando el análisis al nivel de la situación argentina, se procede a sacar las conclusiones de este itinerario que, como se verá, es provisorio y, sin dudas, precario.

2. Los ciclos económicos, las ondas largas y el búho de Minerva

El tema de los ciclos ha hecho correr una cantidad de tinta ya difícil de medir. A favor o en contra, cada tanto el problema vuelve a ocupar las mentes de los analistas. No es posible ni necesario desarrollar aquí dicha polémica, pero sí lo es el señalar algunos aspectos que servirán



como puntos de partida.

En principio, nadie aceptaría la idea de un movimiento cíclico mecánico y repetitivo, una mera sucesión de alzas y bajas fáciles de cronometrar. Sin embargo, incluso Mandel, que enfatiza la importancia de los elementos exógenos y, por lo tanto, la no necesaria regularidad de las "ondas", piensa que puede obtenerse un patrón de "22 años promedio".¹ Aunque Mandel no adhería a concepciones mecanicistas, la "onda" conserva (aunque en forma más diluida que el "ciclo") la idea de cierta regularidad y cierta necesidad. Y ello lleva a pensar que si puede "calcularse" la onda, puede "predecirse". Es más, uno de los logros teóricos y políticos de los que Mandel solía jactarse era el haber "predicho" el inicio de la onda depresiva en la que nos encontramos. No son pocos los que, razonando por analogía creen poder afirmar que nos aproximamos (si es que no estamos ya) a una onda larga expansiva.

Uno podría preguntarse qué hay en una teoría de las ondas que no pueda ser contenida en una teoría de la crisis. Que la teoría de las ondas pone en acción la historia. El capitalismo avanza de crisis en crisis, es cierto. Pero, entre una y otra se suceden largos períodos signados por las características peculiares del momento y que, por lo tanto, contienen los elementos que provocan el cambio de tendencia. Allí es útil una teoría que pueda engranar crisis e historia. No en vano, la teoría de las ondas ha suscitado interés en aquellos marxistas más apegados a la historia, como Trotsky.² Trotsky, en el texto citado, al menos para la traducción castellana, habla de "curva" en lugar de ciclo u onda. La diferencia no deja de ser importante porque curva no alude a ningún movimiento específico sino de movimientos no predeterminados. Esta formulación parece más interesante para una teoría del movimiento histórico del capital que retome lo sustancial de la teoría de las ondas largas. Pero para que tal teoría sirva, es necesario despojarla de elementos meta-históricos. Por ejemplo: todo lo que sube, tiene que bajar. Ciertamente. Si se abre un proceso de ascenso de la tasa de ganancia no hay duda que, en algún punto el aumento de composición orgánica la empujará hacia abajo. Hay tendencias contrarrestantes, es sabido. Y estas tendencias no operan en la lógica abstracta del capital sino en el devenir concreto de la historia. De modo que no hay forma de

¹Mandel

²Trotsky



saber cuando se invertirá la tendencia. Si resulta bastante obvio que no puede ser eterna, no hay forma de saber cuanto durará la fase de alza.

A la inversa, no es cierto que todo lo que bajó tenga que subir. No hay nada, ni en la lógica del capital ni en la historia que lo exija. Puede existir un estancamiento permanente. Tal situación es difícil de tolerar para el capital. Automáticamente, en medio de la crisis, el capital busca salir del laberinto en que su propia dinámica lo mete. Pero los factores "exógenos" actúan en esta fase con mayor preponderancia que la anterior: hay que derrotar a la clase obrera al mismo tiempo que liquidar buena parte de la cofradía burguesa. Las dos situaciones se mezclan, combinándose de manera explosiva. Históricamente, además, aparecen en escena restos de otros modos de producción (terratenientes, campesinos, amas de casa, etc.) complicando la situación. Si no hay forma de calcular la duración de la fase de alza, la dificultad es mayor en la de baja. ¿Y la evidencia histórica de la "regularidad"? Ilusión estadística. Dados los mecanismos y condiciones que rigen el movimiento del capital, sería en extremo dudoso que existiera un grado mínimo de regularidad.

Por otro lado, la existencia de cierta regularidad no sólo debe ser probada efectivamente. También debe ser explicada. Y este punto parece más complicado que el anterior porque también habría que explicar la duración inusualmente larga de este ciclo (ya lleva treinta años y no da signos de agotamiento a corto plazo). Se crean, gratuitamente, dos problemas: por qué todos los ciclos anteriores son reductibles a "un patrón de 22 años promedio" y por qué este último no. Aunque no podemos demostrarlo aquí creemos que el tema de la regularidad es un no problema. Lo que hay que explicar es cuáles son las características específicas de cada etapa. En la actualidad, el problema es cuáles son las causas de la ausencia de un despegue nítido de la onda larga de ascenso, por qué la "curva capitalista" tiende hoy a moverse con pereza hacia arriba y las condiciones que dejará para el futuro la forma de resolución de esta crisis. Poco puede pedirse a una teoría de las ondas en relación a pronósticos precisos. Sobre este último punto es poco lo que puede saberse, salvo cuando se está saliendo y cuando ya se ha entrado: el búho de Minerva alza vuelo al atardecer.

Entonces, es hora de contestar en qué punto de la curva nos encontramos. Algunas interpretaciones creen poder percibir un movimiento de recuperación y expansión de largo plazo. Sin embargo, otros dudan seriamente de esta posibilidad. Concretamente, Mandel señala que



„3

La recuperación operada en los '80 sería, al decir de Altvater, "una recuperación malsana".⁴ No hay, al día de hoy, perspectivas del retorno a la expansión de largo plazo. Aunque algunos de los elementos necesarios para la superación de la onda depresiva están ya presentes, no necesariamente se encadenan de la manera adecuada. La liquidación de capitales sobrantes es una realidad pero, ¿se trata de la magnitud adecuada?. No parece: durante la Segunda Guerra Mundial se destruyó por completo el corazón mismo del capitalismo, a excepción de Estados Unidos: Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia, Japón, sufrieron procesos destructivos fabulosos. Y, aunque hoy puede observarse un encadenamiento destructivo en las economías del Tercer Mundo y de los países del Este europeo, no parece que pueda compararse en magnitud a lo sucedido hace 50 años. Los nuevos mercados abiertos con el fin de la guerra no parecen tener comparación con los actuales: ni el este europeo ni la ex-URSS, ni una América Latina pauperizada se pueden comparar con la renovación de la acumulación originaria producida en vastos sectores del Tercer Mundo en los años 50 y 60, en los que millones de campesinos migraron a las ciudades. A lo que se sumó el mercado creado por los países europeos devastados por la guerra. Dudosamente la apertura de China pueda dar lugar a un movimiento semejante. La revolución tecnológica está presente al menos hace 15 años bajo la forma de la informática. Pero, ¿puede una computadora reemplazar a un automóvil? Mandel lo niega explícitamente: la informática dudosamente ocupe el lugar de la industria automotriz.⁵ Además de que el nuevo patrón de consumo no está en consonancia con mercados masivos.⁶ Por otro lado, el inmenso potencial de la nueva tecnología no ha entrado en funciones masivamente. Por último, ¿ha sido la clase obrera derrotada en una magnitud comparable a lo que significaron el nazismo, el fascismo, Hiroshima y Nagasaki, y la destrucción del sindicalismo americano en los '30 y 40? Ciertamente, los niveles de desocupación de algunos de los países centrales sorprenden, pero

³Mandel Las mismas dudas se presentan en otros textos, como los de Durand y Albarracín-Montes.

⁴Altvater

⁵Mandel, op. cit.,

⁶Durand



en ninguno de los 3 grandes, Estados Unidos, Alemania y Japón, la situación llega a los niveles de posguerra. Ni en Italia. Es cierto que este proceso avanzó mucho en la periferia europea (sobre todo en España y los países del Este) y el Tercer Mundo, pero no en el núcleo de la acumulación capitalista. El debilitamiento de los sindicatos no es un indicio firme de derrota: en Estados Unidos, los obreros de las nuevas fábricas "japonesas" ya reaccionan ante las novedosas condiciones de trabajo.⁷ Los obreros alemanes están todavía en mejor situación. En Japón, la desocupación casi no existe.

Los elementos están, es cierto, pero lo que resta es la magnitud. No da la impresión de que la historia haya terminado, que nos hallemos a las puertas de una nueva expansión. Es más, un estancamiento prolongado es el escenario más probable en los próximos años. Se trata de una recuperación "en cámara lenta", una suave pendiente que muy lentamente parece decidirse hacia arriba. O mejor dicho, recuperaciones ficticias seguidas de recaídas reales.

3. El poder del trabajo, el desencanto posmoderno, Sartre y un descubrimiento de los obreros chilenos

El desarrollo del capital es también el de su oponente. Las fuerzas que le dan vida son las que lo matarán tarde o temprano. Es el crecimiento del poder del trabajo, es decir, la apropiación creciente de la naturaleza y la sociedad. Esto significa que el creciente poder del trabajo obliga al creciente esfuerzo del capital para dominarlo. En este sentido, el capital es la impotencia en el poder y el trabajo es el poder en la impotencia.⁸ Esta expresión, con toda la fuerza que posee, no deja de ser abstracta. No significa que no tenga un correlato en la realidad o que no puedan medirse sus alcances. El crecimiento del poder del trabajo puede medirse tanto en extensión como en intensidad. Como señala Hobsbawm,

⁷Huelga en Flint

⁸Holloway



„9

No menos cierta es la creciente dominación de la sociedad por el trabajo. Es decir, la relación entre el trabajo y la sociedad se ha alterado radicalmente.¹⁰ Es cierto que el capital tiene mucho aire todavía. Pero se achica rápidamente: la mercantilización general de la vida, a escala planetaria es un hecho casi general que puede seguirse en la evolución de las ventas mundiales de Mc Donalds.¹¹ Si el planeta es objeto de dominación del capital es porque es ya sólo producto del trabajo. Estamos entonces en el momento del mayor poder histórico del trabajo.

¿Por qué tanta negativa a aceptar el papel central del trabajo en el capitalismo contemporáneo? ¿Por qué hay quienes (y son mayoría) nos hablan del fin de la sociedad del trabajo, del post-capitalismo, de la sociedad post-industrial? Porque, como señala Ellen Meiksins, el capital se hace invisible por su propia visibilidad.¹² Está tan presente que no puede reconocérselo, no hay punto de comparación. Y si el capital lo es todo, entonces, el trabajo lo es todo verdaderamente. Jameson ya había explicado esto cuando señalaba que el fin del paso de sociedades pre-capitalistas al capitalismo, el fin de movimientos visibles de transformación radical (de campesino a obrero, por ejemplo, del campo a la ciudad) era lo que eliminaba de la vista inmediata el proceso histórico.¹³ Ahora todo se desenvuelve dentro de la misma trama. No resulta extraño entonces la fisicalización de las ciencias sociales: conceptos como "campo", "arena" o "sectores", que en su cuadriculación geométrica y, por ende, estática y ahistórica, eliminan la noción de proceso y la historia misma, son formas para pensar atemporalmente. Y toda forma de pensamiento atemporal es una forma conservadora.

⁹Hobsbawn

¹⁰Véase por ejemplo, el estimulante desarrollo de Negri sobre el paso del obrero masa al obrero social. Negri, Toni: Fin de siglo,

¹¹Nota sobre feminismo y mercantilización general de la vida en *Montly Review*

¹²Meiksins

¹³Jameson



Decimos entonces, que su propia "súper visibilidad" transforma en invisible al trabajo y también al capital, que no es otra cosa que su esencia alienada. Como en un shopping, la omnipresencia de la mercancía pasa desapercibida. Esta aparente desaparición del trabajo traduce su reaparición permanente. Si el poder del capital es la impotencia en el poder, dado que el poder del trabajo es hoy mayor que nunca, la impotencia en el poder es hoy mayor que nunca. ¿Cómo es posible, entonces, la dominación social hoy? Sólo puede explicarse por el encubrimiento permanente de esta verdad: los reyes y los dioses saben que los hombres (y las mujeres) son libres. Y este es el secreto mejor guardado. Toda una parafernalia impresionante de instituciones, ideologías y prácticas está al servicio de este encubrimiento. Pero hay algo más: la burguesía nunca, hasta ahora, estuvo sola. En cada crisis final el capital supo encontrar aliados fuera de sí: campesinos, terratenientes, pequeña burguesía. Hoy está prácticamente sólo. ¿Cuál es, entonces, la naturaleza del impresionante poder de esta impotencia en sí misma?

Si el trabajo lo domina todo, si el trabajo es la omnipresencia invisible, no se deriva de ello su homogeneidad. La clave de la situación presente es la fractura del trabajo. Fractura a nivel material concreto, fractura a nivel de la conciencia. Porque el máximo poder histórico del trabajo en el plano de la economía se traduce, paradójicamente, en el menor poder histórico del trabajo en el plano de la conciencia. Esta contradicción, inestable como toda contradicción, es la clave de nuestro tiempo. La fractura del trabajo tiene consecuencias de vasto alcance. Fue creada y preparada por la gigantesca victoria del capital en los setenta y los ochenta. La fractura del trabajo consiste, en el plano material, en la creación de "aliados internos"; en el plano ideológico, en la confusión y el derrotismo.

Los "aliados internos" son aquellos sectores de la clase obrera, en general ex pequeña burguesía proletarizada, o trabajadores de "cuello blanco" que, temerosos de la suerte que se avecina a medida que parece desencadenarse un proceso hiperinflacionario o un movimiento masivo de expulsión de trabajadores, se vuelcan decididamente al partido del orden, cerrando filas contra los movimientos anárquicos de los pauperizados. La mejor, pero no la única, manifestación de esta verdadera enajenación mental la constituyen los saqueos bajo el alfonsinismo.

La crisis ideológica es profunda, tanto en los intelectuales como en las masas. Es falso que estas últimas sean inmunes a hechos como la caída del muro o el fin de la URSS. Si es cierto que los



intelectuales de izquierda más activos en los '60 y '70 se han "retirado" de posiciones izquierdistas,¹⁴ no es menos cierto que el discurso destructivo del liberalismo tiene mayor solidez hoy que en otras épocas. Como señaló Perry Anderson en su última estadía en Buenos Aires, durante mucho tiempo personajes como Hayeck o Friedman parecían locos sueltos. Hoy lo suyo casi forma parte del sentido común.¹⁵ No se trata sólo de la caída del muro: se trata también de la inconsecuencia de la socialdemocracia puesta a administrar el ajuste capitalista y recibiendo las migajas de la corrupción, del fracaso radical del populismo latinoamericano reconvertido en neoliberalismo fundamentalista, de la derrota "democrática" de las últimas alternativas revolucionarias de los '70 y '80 como Salvador y Nicaragua, de la transformación de la misma burocracia sindical en simple burguesía sindical, del virtual empantanamiento de los "nuevos movimientos sociales" cuando no su transformación en aparatos electorales de la derecha. Si los liberales carecen de posibilidades de demostrar que la "utopía de mercado" es la panacea que resuelve todos los males, no es menos cierto que tienen los medios, los argumentos y los ejemplos para desarticular cualquier alternativa. Han cambiado el lenguaje mismo de la política. Es falso que cuando un político o intelectual de izquierda habla pueda dar por sentado que todos entienden. Cualquier profesor universitario lo nota cuando enseña conceptos elementales que suenan extraños a alumnos no carentes de simpatía marxista y/o izquierdista. La sensación del común de la gente es que el horizonte está cerrado, que no hay alternativas. Y no es cierto. Hoy más que nunca cualquier cosa que se parezca siquiera remotamente a algo llamado socialismo es una alternativa válida y seria. Hoy más que nunca el capitalismo construye un mundo insostenible. Y sin embargo, la gente no lo ve. En esto radica la tragedia de la izquierda hoy: el espantoso legado del stalinismo, la socialdemocracia y el populismo consiste en haber eliminado del futuro la palabra socialismo. Y no sólo entre los intelectuales. Lo que se ha perdido hoy en la clase obrera es aquello que descubrieron los obreros chilenos en medio de la conmoción social que se desató con el triunfo de Allende: los patronos están de más.

4. La burguesía, la nación, el estado y, nuevamente, el búho de Minerva

¹⁴Petras

¹⁵Anderson

Publicado originalmente en Sartelli, Eduardo: *La larga marcha de la izquierda argentina*, presentada en II Seminario Internacional "El nuevo orden mundial a fines del siglo XX.", 19 al 21 de octubre de 1995.



La globalización del capital es una expresión de la internacionalización de las relaciones productivas. El desarrollo del capital transnacional es, por lo tanto, el de una burguesía (y un proletariado) internacional. Pero este proceso no es más que una de las manifestaciones de la lucha intraburguesa por la resolución de la crisis. Para recuperar la tasa de ganancia el capital busca el aumento de la explotación del trabajo tanto como la concentración y centralización del capital. Es decir, destruir a sus congéneres es un modo de liquidar competidores. La destrucción del capital sobrante a nivel internacional es la verdadera cuestión que se esconde tras la apertura económica.¹⁶

En este contexto, aquellos estados cuyas burguesías pueden soportar la presión del capital internacional, se vuelven seriamente proteccionistas. Aquellas que carecen de fuerza suficiente se desintegran como clase: los grupos más poderosos utilizan al estado como instrumento de racionalización concertada entre ellos y el capital extranjero. De tal manera, una nueva división internacional del trabajo va surgiendo a medida que porciones enteras de pequeña, mediana y aún gran burguesía del tercer mundo va desapareciendo. Los grupos mayores, que logran pactar, por lo general se recluyen en aquellos ámbitos que escapan a la competencia extranjera, sobre todo en el sector servicios. No en vano la guerra por las privatizaciones. El estado deja de ser "nacional", en tanto aparato de guerra, control y administración de una clase burguesa, para transformarse en el articulador de la nueva convivencia creada, reflejando, por lo general, el inmenso poder de los nuevos dueños extranjeros. Al mismo tiempo, la magnitud de los capitales en juego coloca a los estados en una posición completamente subordinada respecto del capital, que no necesita intervenir directamente. Una serie de presiones sutiles bastarán para que se entienda el sentido necesario de la política. Este fenómeno, en el que estados enteros bailan al compás de cuatro o cinco grupos económicos no es nuevo, pero lo que impresiona es la diferencia cuantitativa: siempre existieron repúblicas bananeras, lo novedoso es que economías como las de México, Argentina o Brasil sean las nuevas Guatemala, Bolivia o Nicaragua.

¹⁶De más está decir que el mismo movimiento del capital es también una agresión a los trabajadores: cuando Volkswagen compra Skoda o Seat su simpatía por los obreros checos o españoles radica en que son más baratos que los alemanes, quienes algún día deberán pensar seriamente en ello. Sobre este hecho, véase el muy interesante libro de Maryam Keller, Choque!



El proceso lleva a los estados a pelearse por el capital, de modo tal que lo que queda de soberanía política se reduce a símbolos sin valor material. La forma en que Argentina y Brasil llegaron a enfrentarse por el régimen automotor refleja hasta que punto la relación de fuerzas ha cambiado.¹⁷ En estas condiciones, las burguesías locales (o lo que queda de ellas) se reduce a grupos conglomerados de enorme dimensión si se los compara con el resto del capital local, pero de ínfimo tamaño a nivel mundial, lo que resulta evidente apenas se intenta comparar a Macri con Toyota. El resto de la burguesía local se proletariza o se detiene apenas un escalón antes, en la pequeña burguesía. Este proceso no siempre puede llevarse a cabo en forma ordenada y suele provocar gigantescas erupciones de nacionalismos virulentos. No obstante, parece bastante obvio que "naciones" enteras carecen de todo sustento material para constituirse en tanto tales. En este sentido, las recientes guerras separatistas en el contexto de un intenso proceso de globalización no hacen más que preparar la desaparición de las mismas. No es extraño que, poco antes de morir el enfermo parezca recuperarse como ha señalado Hobsbawm: el búho de Minerva, otra vez.

Sustentadas en victorias sangrientas, las burguesías que logran sobrevivir se arrinconan tras lo que podríamos denominar "democracias acorazadas". Estas se fundan en profundas derrotas de la clase obrera, en su desarticulación y desarme material y moral. En estas condiciones la burguesía reina sin problemas serios, su estado se "democratiza" y aparece ante las masas como el resultado de su propia elección. En ausencia de organización popular los gobiernos democráticos cometen mayores atropellos que cualquier dictadura: mueren más niños por desnutrición en un año en la Argentina que todos los desaparecidos durante los siete años del proceso militar. Y esto porque, entre otras cosas, este estado "democrático" se ha transformado en el vehículo por el cual el capital financiero internacional recibe su cuota de plusvalía. Incapaz de ofrecer un desafío serio, los obreros responden desarticuladamente, constituyendo a sus circunstanciales dirigentes en blanco fácil de la represión. Los saqueos de la etapa alfonsinista, los varios "santiagazos" provinciales y las grandes huelgas de la era democrática, dejaron el tendal de obreros muertos y dirigentes detenidos y procesados: desde el niño liquidado por un escopetazo frente a un supermercado en 1989, hasta la muerte de Víctor Choque o los procesos a Silvia Mansilla, Oscar Martínez y Jorge Brodsky, esta

¹⁷En el Primer Mundo pasa algo parecido: ejemplo de Estados Unidos

Publicado originalmente en Sartelli, Eduardo: *La larga marcha de la izquierda argentina*, presentada en II Seminario Internacional "El nuevo orden mundial a fines del siglo XX.", 19 al 21 de octubre de 1995.



democracia muestra claramente en qué consiste la soberanía popular.

5. La curva y el trabajo: empate y estancamiento

¿Por qué la curva se niega a ascender en forma firme? Porque no ha podido derrotar al trabajo en forma profunda a nivel global. La noción de "empate", pergeñada por Mandel se mantiene sustancialmente correcta. Movimientos en apariencia radicales no deben ocultar que, por debajo de la superficie turbulenta, hay cambios que tardan mucho en producirse. La caída del muro y el desmembramiento de la URSS parecía haber abierto el camino hacia una rápida "recapitalización" del este europeo.¹⁸

La acumulación y el crecimiento sostenido están trabados en los países centrales y esto tiene que ver con el impresionante poder actual del trabajo. En otros momentos históricos resultaba relativamente fácil derrotar al trabajo: masas campesinas a disposición, pequeña burguesía por todos lados, modos de producción pre-capitalistas a granel. La salida de la crisis se producía por derrotas políticas vastas y violentas. Pero, hoy día Brasil tiene más obreros que el emergente capitalismo ruso en épocas de la Revolución de Octubre. La Revolución Rusa marcó el límite histórico de las posibilidades represivas de la burguesía: si el nazismo o el fascismo fueron una necesidad impuesta por las circunstancias, no hay dudas de que fueron una victoria "a lo Pirro". Todo el arsenal keynesiano estuvo a disposición sólo con la finalidad de calmar las iras del trabajo: el mismo objetivo, otros medios. Pero también fue una victoria "a lo Pirro": puso en evidencia los límites de la reforma capitalista.¹⁹ Y coloca a la burguesía en la incómoda situación de proponer al trabajo sólo sangre, sudor y lágrimas a cambio de nada. Por esto la enorme cautela con que se desarrollan las políticas de recorte social en los países centrales (e incluso en los no tanto), por esto la apelación a aquellos movimientos políticos que crearon el "monstruo" keynesiano-populista: sólo ellos pueden desarmar lo que ellos mismos crearon. Y son ellos los que deben hacerse cargo en público de la

¹⁸Véase el texto de Simon Clarke

¹⁹Negri

Publicado originalmente en Sartelli, Eduardo: *La larga marcha de la izquierda argentina*, presentada en II Seminario Internacional "El nuevo orden mundial a fines del siglo XX.", 19 al 21 de octubre de 1995.



situación que el capital crea en el lugar de trabajo: la desocupación, el aumento de la explotación, la fragilidad del empleo, la nueva pobreza. En esto consiste el problema de la burguesía: como erosionar el poder del trabajo sin provocar la explosión en un mundo sin ilusiones. Como lograr lo que Hitler sin nazismo, lo que Mussolini sin fascismo, lo que Roosevelt sin New Deal, incluso, lo que Perón, sin peronismo. Por primera vez en la historia, la burguesía debe esperar la lenta erosión del poder del trabajo, por primera vez no puede imponer violentamente el desempate. El resultado se refleja en la curva capitalista: a diferencia de otros momentos, en lugar de saltos violentos y prolongados, se impone un camino tortuoso, lento y peligroso. Es este el sentido del momento actual: la burguesía sabe que gana, pero no puede festejar...

6. No llores por mí: La larga marcha de la izquierda argentina

A diferencia de los países centrales, los periféricos han avanzado mucho más rápido. Y tiene que ver con que lo que no fue posible en Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña o Alemania, sí lo fue en América Latina, África y Asia.²⁰ Si el '68 marcó el retorno de la revolución en Occidente, fue un retorno fugaz. Tal vez Améndola exagere cuando califique al Mayo francés como "una gran fiesta de la imaginación",²¹ pero es verdad que lo que en Europa y Estados Unidos (incluso en Japón²²) fue un fenómeno muy ligado al mundo estudiantil y al movimiento anti-bélico, en la periferia fue un drama verdaderamente revolucionario: Cuba, Chile, Brasil, Argentina, Uruguay, Perú, Vietnam, Argelia, etc., etc., fueron los episodios centrales de la última oleada revolucionaria del siglo. Y fueron, consecuentemente, los episodios centrales de la última oleada contrarrevolucionaria. Salvo en los lugares en los que la revolución se salió con la suya, en el resto, la derrota es inocultable.

En la periferia, la tarea política de la recuperación ya fue realizada con todo éxito. Pero, la

²⁰Ver Gunder Frank, La crisis mundial

²¹Améndola

²²Zengakuren

Publicado originalmente en Sartelli, Eduardo: *La larga marcha de la izquierda argentina*, presentada en II Seminario Internacional "El nuevo orden mundial a fines del siglo XX.", 19 al 21 de octubre de 1995.



tarea económica ofrece sus complicaciones. Como ha señalado Astarita, el ciclo argentino sigue estrechamente el ciclo mundial.²³ La recuperación que corresponde al Plan Cavallo, para repetir a Altwater, también es "malsana". Y al día de hoy la situación se ha agravado notablemente. No obstante, algunos progresos necesarios en el plano de la economía han sido realizados: desocupación (es decir, aumento del tamaño del ejército industrial de reserva), caída del salario (o sea, aumento de la tasa de explotación), cierre de empresas (concentración y centralización del capital), adecuación a las condiciones del mercado mundial (aumento de la plusvalía relativa), etc. Ahora bien, nada de esto alcanza porque el elemento central, la recuperación capitalista que debe operarse en el núcleo no se produce. No va a producirse ningún tipo de despegue duradero en la periferia si no se da primero en el centro del sistema mundial. Los éxitos de la política burguesa antiobrera en la periferia, que permiten pensar en una recuperación sostenida a largo plazo, se hallan trabados por la resistencia del trabajo en el centro. Aunque haya algunos países con performances específicas que parecieran contradecir esto, como Chile, o son la excepción o son una ilusión: los límites del capitalismo trasandino se evidencian cuando los fondos de pensión se dedican a comprar empresas públicas en Argentina en lugar de realizar inversiones productivas en su país.

Por otro lado, las tendencias suicidas de los grupos locales se manifiestan en la forma de defenderse de la avanzada del capital extranjero: cuando no se trata de asociaciones, se trata lisa y llanamente de venta de activos y financiarización. Los grupos que sobreviven en actividades productivas son minoría e incluso ellos guardan buena parte de sus capitales en actividades monopolizadas o subsidiadas. De tal manera, la política económica tiende a crear nichos en los que se refugian los grandes grupos locales, a costa de elevar los costos de los sectores productivos. La lógica del capital de efectuar transferencias de valor automáticas (por su propio movimiento) hacia los sectores de mayor composición orgánica²⁴ y, por ende, premiar la innovación productiva, se ve invertida por la política del gobierno favorable a premiar a los sectores monopolizables, de baja composición orgánica. Los sectores competitivos se ven obligados a recuperar plusvalía vía mayor explotación del trabajo, aún a costa de achicar el mercado. La contradicción sólo se salva a medias

²³Astarita

²⁴Salama-Valier



con los subsidios a la exportación que a su vez crean problemas para financiar al Estado y pagar la deuda. En tales condiciones, no puede afianzarse un sector exportador competitivo aunque la composición orgánica aumente y los salarios bajen, haciendo más difícil la reinserción productiva en el mercado mundial. En esas condiciones, los excedentes de los sectores privilegiados toman rápidamente un aspecto financiero, generando consumos volátiles, no sustentados en producción creciente. Se suma a esto la extracción de plusvalía vía deuda. De esta manera, el impresionante aumento de la tasa de explotación no está siendo aprovechado por el capital local o extranjero en la creación de las condiciones de producción de más valor. El carácter potencialmente explosivo de la economía argentina radica en que exige un sacrificio gigantesco a las masas para nada.

¿Qué significa todo esto de cara a la clase obrera? El proceso vivido por la economía argentina desde los '70 ha modificado profundamente su fisonomía, sus condiciones de vida, su conciencia y sus comportamientos políticos. En primer lugar, la clase obrera no ha dejado de crecer en sus activos materiales: hoy hay más obreros que hace '20 años. Esta afirmación puede sorprender a quienes creen que sólo es obrero quien viste un overall azul y está parado frente a una máquina. Una definición correcta sólo puede partir de considerar las relaciones en las que el individuo se halla metido: obrero es todo aquel que carece de medios de producción y de vida. En consecuencia, todos los que están en esta situación se ven obligados a relacionarse permanentemente con el capital ("un obrero es un esclavo que debe buscar su amo"²⁵) y dependerá de la situación que éste los reciba o no. Pero un desocupado, aún en condiciones de pauperización y desempleo sostenido, no deja de ser obrero. Lo mismo que los mal llamados "cuentapropistas", por lo general asalariados a destajo de empresas informales de comercialización clandestinas. Constituye un grave error el reproducir categorías como "marginalidad" o "expulsados del proceso productivo". Ellas parecen decir que el "marginal", el "expulsado", ya no cuentan en la sociedad capitalista, han pasado a la categoría de "población no incorporada". Sin embargo, el capital los cuenta como un triunfo propio: ellos constituyen en su mayoría el ejército industrial de reserva, es decir, aquella fracción de la clase obrera que actúa como bolsón de mano de obra barata y como policía interna de las pretensiones asalariadas. Contribuye tanto a ofrecer mano de obra barata como a presionar sobre los obreros ocupados obligándolos a reducir sus pretensiones salariales y abandonar conquistas históricas.

²⁵Marx, Trabajo



Están plenamente integrados al sistema, tan integrados que no podría funcionar si ellos no existieran, tan integrados que funciona mejor cuando existen que cuando no.

En la actualidad, en Argentina, la clase obrera se enfrenta a novedades radicales: 1. un proceso de heterogeneidad y fractura interna creciente; 2. un crecimiento del ejército industrial de reserva en magnitudes históricamente novedosas; 3. la precarización en avance de la situación laboral; 4. la pérdida de sus instituciones organizativas o su reducción a la pasividad absoluta; 5. la crisis ideológica más profunda que se recuerda en décadas.

La primera de las novedades tiene consecuencias notables para el conjunto de la clase, originadas todas en que no puede ya suponerse la solidaridad automática de las conductas obreras. Las condiciones para un retorno de lo material a la conciencia, el paso de la clase en sí a la clase para sí, se dificultan enormemente. La segunda constituye un elemento de fenomenal contención de la acción obrera: cualquier obrero ocupado sabe que puede dejar de serlo en cualquier momento. Todos los problemas que ocupaban el corazón de los obreros en los últimos 50 años (salarios, jornada laboral, condiciones laborales, obras sociales, etc.) han pasado a segundo plano frente al problema de la desocupación. La competencia entre los obreros pasa a primer plano y elimina casi toda posibilidad de acción de conjunto. La tercera cuestión brota de las condiciones creadas por la burguesía a partir de los primeros dos hechos (fractura y desocupación) y al mismo tiempo tiende a agravarla en la medida que impulsa al máximo el potencial disruptor en la constitución de la clase obrera como colectivo conciente y unificado, al aceptar los mecanismos por los cuales la burguesía individualiza al trabajador y lo torna un átomo del mercado de trabajo. La cuarta novedad es también como la anterior, una expresión de la nueva relación de fuerzas establecida por la burguesía argentina desde los años '70, al mismo tiempo que tiende a agravar las nuevas condiciones. La desaparición virtual del sindicalismo combativo, la transformación de la burocracia sindical en mera "burguesía" sindical, la decadencia de las obras sociales, etc., etc., refuerzan la competencia individual y reducen la capacidad de acción concertada. Se acabaron las épocas en las que la burocracia podía paralizar el país, no sólo por el descenso de los activos reales de los sindicatos, sino por el desprestigio enorme que ella tiene a los ojos de la población en general. Y ese desprestigio tiene que ver tanto con los negociados, fraudes y traiciones a los que nos tiene acostumbrados como con que para muchos sectores de la clase obrera los sindicatos molestan a

Publicado originalmente en Sartelli, Eduardo: *La larga marcha de la izquierda argentina*, presentada en II Seminario Internacional "El nuevo orden mundial a fines del siglo XX.", 19 al 21 de octubre de 1995.



quienes pueden adaptarse a un contexto desregulado. La última novedad es la más radical de todas: no se trata sólo de una crisis de conciencia, se trata del fin de la identidad que acompañó por décadas a la clase, el peronismo. La consecuencia es la pasividad, la resignación o la conversión al neoliberalismo populoides que es el menemismo.

Donde mejor se ven estas novedades es en la experiencia histórica más extraña de la Argentina contemporánea, los saqueos de final del alfonsinismo. La situación era inédita en tanto la clase obrera argentina tiene una larga historia como mano de obra ocupada que se manifiesta en la ideología de la "dignidad del trabajador". Las grandes huelgas de los '60 y '70, las movilizaciones y los "azos" excluían el saqueo. Lo inédito de la situación ilustra lo que decimos sobre las "novedades": la desocupación, la desorganización, la caída de las condiciones de vida y, sobre todo, la enorme fractura que impide la auto-visualización de la clase como un fenómeno unitario. Y aunque los límites de una ponencia lo impiden, el análisis de las movilizaciones de la clase obrera de los '80 y los '90 mostraría los mismos elementos, las mismas contradicciones.

Pareciera que el resultado de este análisis concluye en el derrotismo profundo. Sin embargo, el objetivo es remarcar las características contradictorias de la nueva situación. Las mismas "novedades" operan en otros sentidos que son alentadores para las fuerzas de izquierda: si bien la fractura de la clase obrera provoca la tendencia al quiebre de la solidaridad de clase, la existencia del ejército industrial de reserva pone en cuestión la seguridad laboral de todos los obreros, colocando tarde o temprano, el problema de la desocupación en el horizonte del conjunto de la clase, renaciendo entonces los elementos que apuntan a su unidad. Lo mismo sucede con la flexibilidad laboral: la inestabilidad se extiende al conjunto de los obreros, ocupados o no. A corto o largo plazo, estos factores, que ponen en cuestión la totalidad de la vida obrera, llevan a recolocar la unidad de la clase de cara a las nuevas condiciones. Y este movimiento afecta directamente a la organización: la reorganización sindical se impone por la fuerza y la magnitud de los problemas a enfrentar.

El dato más importante, el de la crisis ideológica, es también una oportunidad única: la conciencia de la clase obrera es hoy una herencia vacante. La desaparición del peronismo es el dato histórico político más relevante. Hay ya tres generaciones obreras que no han tenido experiencia alguna con el peronismo y si la han tenido ha sido pésima. Pero sobre todo, las condiciones



objetivas que le dieron vida no existen más y dudosamente podrán retornar a corto plazo. El triunfo del alfonsinismo ya señalaba cambios en la conciencia. Estos cambios se manifestaron con mayor fuerza en el crecimiento de las alternativas efímeras que significaron el MAS y el MODIN. La forma en que las solidaridades políticas se trasvasaron entre uno y otro y la manera más duradera en la que Duhalde los ha capturado en su red de "asistencia" social, muestran la vacancia que señalábamos. Mientras haya estabilidad y los estados provinciales tengan un mínimo de recursos para crear redes de contención (en general construidas con muy poco dinero) la "paz social" y el triunfo de opciones políticas conservadoras será casi un hecho, como en Buenos Aires y Santa Fe (sobre todo Rosario). Pero esto significa que una buena parte de la población vive al filo de sus condiciones de existencia. Esto explica el nivel explosivo que tiene la situación: experiencias como Santiago del Estero, Tierra del Fuego, Río Negro, Jujuy o Córdoba muestran la violencia novedosa de las acciones obreras que, sin embargo, rápidamente se manifiestan como ataques a los símbolos del poder esta. Pero también los triunfos electorales posteriores a hechos de violencia notables, obtenidos por los mismos que habían sido objeto de las iras populares, demuestran que la erupción tiene un carácter efímero y de corto plazo y que buena parte de los obreros son lisa y llanamente expulsados del sistema político.

Esto nos permite arribar, finalmente, a una idea del futuro: 1. toda la evolución del capitalismo local depende de lo que suceda en el centro del sistema mundial; 2. una recuperación muy lenta o un estancamiento prolongado es lo más factible a corto y mediano plazo; 3. en la periferia la situación se mantendrá con sobresaltos a un nivel más o menos crítico mientras no se resuelva la crisis capitalista general; 4. las nuevas condiciones en la que vive la clase obrera la predisponen a acciones violentas, efímeras, anárquicas tanto como a la pasividad más absoluta; 5. la crisis de identidad repercute sobre este panorama anunciando cambios drásticos de lealtades políticas e ideológicas.

¿Qué posibilidades cierra y abre al mismo tiempo esta situación harto contradictoria? Lleva a la izquierda a fluctuar permanentemente entre dos extremos: en épocas de crisis y explosión social o cuando algún movimiento cree fuertes expectativas de desarrollo no falta quien imagine la inminencia de la revolución, mientras que cuando se produce el reflujo la pasividad más absoluta es predicada como la única posibilidad. La trayectoria del MAS ejemplifica claramente este



comportamiento, pero no es el único. Agrupaciones como Venceremos, Quebracho o el MST confunden la lucha política con la lucha cuerpo a cuerpo mientras otras como la Liga Marxista o el PTS proclaman la necesidad de la abstención electoral. Tal vez la actitud ambivalente del Partido Obrero le permite evitar las fluctuaciones violentas pero crea no pocos problemas a la hora de confrontar las palabras con la realidad. Otras agrupaciones directamente abandonan el campo de la izquierda y se refugian en opciones oportunistas tras candidatos a los que se imagina con posibilidades, como el PC o el PTP.

Todas estas actitudes han tenido modestos éxitos a corto plazo, pero se muestran incapaces para lograr un crecimiento sostenido a largo plazo de las orientaciones de izquierda. Y esto tiene que ver con que no hay una estrategia de largo plazo adaptada a las nuevas condiciones. La izquierda se enfrenta a una oportunidad histórica: luego de 60 años de reformismo fracasado el capitalismo no puede ocultar que se vea lo que siempre fue y lo que la izquierda siempre dijo que era. Por primera vez en años lo que la izquierda dice, se ve. Pero esto no puede imaginarse como un proceso inmediato ni de corto plazo. Por eso la izquierda debe: 1. afinar su discurso en torno a la realidad concreta eludiendo debates absurdos no planteados por la realidad sino utilizados como instrumentos de rencillas familiares: la desocupación, la miseria, el hambre, la desarticulación de las obras sociales, la destrucción de la educación, los negociados en torno a las jubilaciones y AFJP son más importantes que debates metafísicos como el teorema de Morishima o las masacres de Bosnia; 2. propender a la unidad de acción de las agrupaciones de izquierda, lograda a partir de mecanismos democráticos como congresos abiertos y conferencias; 3. eludir las tentaciones simultáneas del electoralismo y la abstención; 4. enfatizar en las tareas que implican una construcción de largo plazo, como la recuperación de sindicatos, la organización de agrupaciones de desocupados, la desarticulación de las redes asistenciales estatales, la difusión del discurso socialista en las masas mediante una intensa y persistente tarea cultural; 5. la capacitación de los militantes, priorizando la dotación de instrumentos de análisis la memorización de latiguillos para ganar asambleas; 6. vacunar a la militancia contra la desilusión, evitando proclamar la inminencia de la catástrofe, acostumbrando a los compañeros a prepararse para un largo período de fracasos en medio de convulsiones permanentes que parecieran anunciar sucesos mayores; 7. incorporar definitivamente y desarrollar políticas consecuentes en torno a aspectos del desarrollo capitalista que la izquierda

Publicado originalmente en Sartelli, Eduardo: *La larga marcha de la izquierda argentina*,
presentada en II Seminario Internacional "El nuevo orden mundial a fines del siglo XX.", 19
al 21 de octubre de 1995.



suele despreciar, como el feminismo, las opciones sexuales y la ecología; 8. la gestación de ámbitos de discusión de temáticas que enriquezcan la cultura de la izquierda mediante la incorporación de temáticas nuevas y la rediscusión de las viejas.